

# HANNS HEINZ EWERS

## EL PAÍS DE LAS HADAS



**Una mañana**, encontrándose el vapor amarrado en el puerto de Port-au-Prince, la pequeña Blue Ribbon entró corriendo en el comedor del barco. Se aproximó sin aliento a las mesas.

"¿No está mamá aquí?"

No, mamá se encontraba todavía en su camarote, pero los oficiales y los otros pasajeros acogieron a Blue Ribbon con gran placer. Nunca mujer alguna fue tan bien recibida a bordo del *President*, como esta despreocupada niñita de seis años. Si bebía de la copa de alguien, ese alguien era afortunado por todo lo que restaba del día. Llevaba siempre un vestido blanco, y un lazo azul con el que recogía sus mechones de pelo dorado. Todos los días se lo preguntaban un centenar de veces: "¿Por qué te llaman Blue Ribbon?". Y ella siempre respondía riendo: "¡Porque así me encontrarán si me pierdo!". Pero esto nunca había ocurrido, ni siquiera cuando era tragada por las multitudes que agolpaban los alrededores de los más extraños puertos. Era como un elfo. Grácil, lista como un animalito.

En la mesa nadie pudo retenerla. Al final se dejó convencer por el capitán y trepó a su regazo. El corpulento frisón reía; Blue Ribbon siempre lo prefería a él, y él se lo tomaba como el mayor de los cumplidos. "¡La moja!", exclamó la niña, y empapó su galleta en la taza de té.

"¿Dónde has estado esta mañana?", preguntó el capitán. "Oh, oh", dijo la niña, y sus ojos azules sonrieron, más radiantes que la cinta de su pelo. "Mamá debe venir conmigo, ¡usted también! ¡hemos llegado al país de las hadas!"

"¿El país de las hadas? ¿Haití?", exclamó el capitán. Blue Ribbon rió.

"No me importa cómo le digan a este país, ¡es el país de las hadas! Lo he visto yo misma, un montón de monstruos maravillosos que viven en el puente de la plaza del mercado. Uno tiene las manos tan grandes como una vaca, ¡y el que está a su lado tiene la cabeza tan grande como dos vacas!. Hay otro con escamas, como un cocodrilo... ¡Son más bonitos y maravillosos incluso que los que hay en mi libro de cuentos! ¿va usted a venir conmigo a verlos, capitán?"

Entonces salió corriendo hacia una mujer muy guapa que acababa de entrar en el comedor. "Mamá, rápido, tómame el té, ¡deprisa, deprisa! Tienes que venir conmigo, hemos llegado al país de las hadas".

Todos fueron con ella, incluso el jefe de máquinas. El hombre no disponía de mucho tiempo y todavía no había participado del desayuno; sabía que algo no sonaba bien en sus máquinas y debía repararlo mientras el barco se hallase atracado en el puerto. Pero Blue Ribbon se lo había ganado con sus atenciones desde que descubrió que el mecánico tallaba bonitas conchas de carey. Y dado que la niña era la verdadera capitana del barco, tuvo que acompañarla también.

"Recuperaré el tiempo trabajando esta noche", le dijo al capitán.

Blue Ribbon lo oyó y asintió con la cabeza, como una sabia: "Sí, hágalo así. Yo estaré durmiendo"

Blue Ribbon dirigía la columna caminando por entre las asquerosas calles del puerto, seguida por las miradas de los negros curiosos que atisbaban desde puertas y ventanas. Todos brincaban y saltaban tratando de evitar los grandes canales de desagüe, y Blue Ribbon se echó a reír con regocijo cuando el doctor resbaló y el agua sucia salpicó su traje blanco. Siguió adentrándose en los arrabales, a través de los andrajosos puestos del mercado, donde resonaba el eco insoportable de los gritos de los negros.

"¡Mirad, mirad! ¡Allí están, los maravillosos monstruos!". Blue Ribbon se soltó de la mano de su madre y corrió hacia un pequeño puente de piedra que conducía a un arroyo seco. "Venid, venid rápido. Mirad estas criaturas, los maravillosos monstruos". Aplaudió con alegría y siguió avanzando a grandes pasos por entre el ardiente polvo.

Había mendigos allí; una dantesca exhibición proporcionada por el hospital. Los nativos pasaban sin prestarles atención, pero ningún extraño podía hacerlo sin que la piedad los moviese a aflojar la cartera. Esto era algo perfectamente calculado. Se suponía que debía ser así: la simple impresión del primer vistazo producía al menos un cuarto de dólar, e incluso alguna dama, desorientada por el súbito mareo, daba un dólar.

"Oh, mira, mamá, mira al que tiene escamas. ¿No es bonito?"

Señaló a un negro con un hongo espantoso que le desfiguraba todo el cuerpo. Era amarillo verdoso, y su virulenta infección colgaba en pliegues triangulares sobre la piel.

"Y allí, capitán, ¡mire allí! ¡Qué gracioso! Tiene cabeza de búfalo. La piel de su cabeza es más grande que el resto de él". Blue Ribbon tocó con su parasol la mano

de un enorme negro. El hombre sufría un avanzado estado de elefantiasis y su cabeza se asemejaba a una monstruosa calabaza: alargada, con una protuberante explosión de pelo lanudo que le caía por todos lados. El capitán trató de agarrar a la niña pero ella se liberó, temblando casi de excitación, y se aproximó a otro de los mendigos.

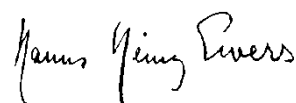
"Oh, querido capitán, ¿había visto usted una mano como esta? No me diga que no es maravillosa". Blue Ribbon sonría con entusiasmo; se inclinó sobre el mendigo cuyas dos manos estaban hinchadas por la enfermedad.

"Mamá, mamá, ¡mira aquí! ¡sus dedos son más grandes que mis brazos!" Oh, mamá, ¿cuándo podré yo tener unas manos tan bonitas?". Y colocó su pequeña mano junto a la del negro, dejándola allí, como un pequeño ratoncito blanco reclinado junto a la infección.

La mujer guapa gritaba, casi desvanecida por el terror en los brazos del ingeniero. Los demás se agolparon a su alrededor; el doctor empapó su pañuelo en colonia y le frotó la frente. Blue Ribbon buscó en el bolso de su madre, encontró un frasco de perfume y lo puso bajo su nariz. De sus ojos azules cayeron sobre el rostro de su madre grandes lágrimas de frustración.

"Querida mamá, despierta, ¡despierta por favor! Despierta pronto, mamita, tengo que enseñarte estas maravillosas criaturas, no puedes dormirte ahora, mamá, ¡estamos en el país de las hadas!"

**"Das Feenland", 1907**



**MAGAZINE DE ENTREGUERRAS:**

<http://signorformica.blogspot.com>